

¿Islas que no existen? Libros de viajes medievales, tradición especulativa insular y Sancho como heraldo de la nueva novela

Raúl Álvarez Moreno
(University of British Columbia)

La experimentación, ensanchamiento y sofisticación de técnicas narrativas anteriores están entre los aportes cardinales del *Quijote* a la novela. Junto a la recreación retrospectiva, la multiplicación de narradores o el manuscrito encontrado, Cervantes, en parte tras la senda exitosa del *Guzmán de Alfarache* (1599), decidió recurrir a menudo a la suspensión del relato principal en el *Quijote* de 1605, interpolando otros como “El curioso impertinente” o “El capitán cautivo.” Entre estas suspensiones se significa en la *Segunda parte* (1615) el episodio múltiple de “La ínsula Barataria” (XLI-LV), en el que, además, desde los capítulos XLIV al LV la narración se bifurca en paralelo: don Quijote queda en el palacio con los Duques y Sancho, por intervención jaranera de estos, marcha como gobernador a la prometida ínsula.

Más que el rupturismo técnico, que para Avalle-Arce violentaría “un principio fundamental del neoaristotelismo imperante” (35), nos interesa ahora la metajustificación del narrador al principio del capítulo XLIV. Justo antes de ser llevado Sancho al gobierno y aludiendo así al episodio, diferencia las interrupciones de la primera parte (novelas sueltas y pegadizas) de las de la segunda, como esta (Cervantes 877). Aparte de su menor frecuencia a petición de los lectores, los nuevos episodios: se mantendrán en los límites de la narración, o sea, girarán más alrededor de las figuras principales; y nacerán de los sucesos de la verdad o realidad, sobrepasando los límites de lo novelesco para tocar temas actuales (ver Layna 221). En una irónica *captatio benevolentiae*, se pide además al lector que juzgue no por lo escrito sino por lo dejado de escribir (878), que puede apuntar tanto a los relatos ajenos dejados fuera como a lo omitido en los que se incluyen. En otras palabras, centralidad de don Quijote y *Sancho*, implicación crítica con el presente e invitación velada a colegir tras lo escrito, como claves del episodio de la ínsula.

Son varias las conexiones, no excluyentes, desde las que se ha explicado este heterogéneo episodio, destacando las ficciones caballerescas, los avisos de príncipes y la literatura utópica. Como tantas veces, tenemos en la historia el remanente contrahecho de los libros de caballerías y de islas como la “Ínsula No Fallada” del *Amadís de Gaula* (Pinet 180), o las “Triste,” “Fuerte” o “Sagitaria” codificadas en estos libros como un “feudal gift exchange” (De Armas 150). A este innegable influjo quisiera hacerle unas observaciones. La primera atañe a otras instancias del propio *Quijote*. Y es que, junto a la aventura de la condesa Trifaldi del reino de Candaya, posible ínsula cuya localización “entre la gran Trapobana y el mar del Sur” (Cervantes 841) evoca las islas maravillosas de libros de viajes como el de Mandavila, el episodio de 1605 de la princesa etíope Micomicona también presenta aventura de isla: el gigante de una cercana le quitará el reino si no se casa con él, a menos que don Quijote intervenga. La historia supera, no obstante, el mero patrón caballeresco. El excursu fantasioso de Sancho, viéndose gobernador y vendiendo vasallos para comprar título u oficio, amén de posible crítica de la política colonial (Nemser 18), ofrece la social al ascenso pagado y ecos de afirmación similares a los de Pármeno en *La Celestina* (“No, sino dormíos, y no tengáis ingenio ni habilidad...”); también brinda unas falsas expectativas de codicia y vanidad al lector, luego rotas en Barataria (Cervantes 296). Volviendo a Candaya, si vamos a otras ínsulas como “California” de *Las sergas de Esplandián* (1510), continuación del *Amadís* también de Rodríguez de Montalvo, advertiremos en su presentación combinada de elementos clásicos (amazonas), experienciales (“a la diestra mano de las Indias,”

tras afirmar Colón la existencia de amazonas en las islas descubiertas) y medievales (al lado del Paraíso, oro) (727) una impronta epistemológica bastante afín a los libros de viajes de fines de este último periodo.¹ Por último, como aprecia bien Chul, la ínsula no era un motivo exclusivo del *romance* caballeresco sino también del pastoril y bucólico, ligado al *locus amoenus* (183).

Otra aproximación ha sido leer el episodio de la ínsula como un aviso de príncipes, bien sea para destacar lo paródico (higiene corporal en los consejos a Sancho), o para trazar fuentes como el *Institutio principis christiani* (1516) de Erasmo y aprehender así el pensamiento cervantino (Redondo 471-72). El influjo de este género es igualmente innegable, si bien nos sumamos a Corteguera cuando lo enmarca en relación con la burocratización del gobierno y la respuesta a la concepción amorosa de la razón de estado maquiavélica (136-37). En cuanto a la literatura utópica, el ensayo inicial de Conde (1941) tuvo continuidad, entre otros, con Maravall (1976) y Nieto (2002), sin olvidar la americanización postcolonial de De Armas (2000) y Nemser (2010). Si bien asentimos con muchos postulados de estos críticos, más que como una utopía o distopía, vemos Barataria como el eje de un episodio multívoco que incluye distintos subgéneros y discursos, incluyendo el pensamiento utópico.² Tampoco notamos en el gobierno de Sancho, como Maravall, una contrautopía culminadora en fracaso, de la solución anacrónica de don Quijote (226) sino más bien, en la línea de Cascardi, una alternativa que manifiesta la exigencia de otro discurso político ante una realidad contemporánea española más compleja que la polis de Atenas, la república florentina o la Utopía de Moro (12).

Dicho lo cual, en este artículo planteo, más allá de su gran significación (Redondo 39), su complejidad espacial frente a las caballerías (De Armas 153) o su condición de metáfora gubernamental e intratextual (Pinet 183-85), el carácter de la ínsula Barataria como síntesis constitutiva e ilustrativa del *Quijote*. Pensamos que tanto los elementos caballerescos, de manual y utópicos, como otras fuentes del episodio, se insertan sobre un cañamazo en el que tuvieron mucho que ver, directa o indirectamente, los precedentes de los libros de viajes de fines de la edad media. Esto ocurre a dos niveles principales: el de la forma de representación, que ejemplifica su geografía especulativa (p.e., ínsulas), y que veremos articulada en tres elementos: la concepción del significado, la poética cervantina de la novela y la creación de Sancho³; y el de un mestizaje genérico y discursivo que incluye lo político. En referencia a estos dos niveles, nos serviremos del uso que hace Akbari de la reelaboración del término foucaultiano de *repérage* “making a map + mapping the present” (12-14), como base para analizar la forma cervantina ficcional de crear la realidad e ilustrar su modo de insertar la política en la obra.

No somos los primeros en asociar la narrativa medieval de viajes al surgimiento de la novela moderna, a tenor del propio hecho narrativo, los géneros afines (caballeresco, picaresca), la experimentación lingüística y técnica, el origen y hacerse de los personajes o la miscelánea de

¹ “Tal vez, la fe en su propia condición de elegido, o, más seguramente, la necesidad de convencer a los Reyes Católicos del interés de su empresa, son razones que obligan a Colón a confiar en las conjeturas de viajeros medievales como Mandevila que imaginaban el Paraíso como tierra de promisión para los justos, pero, sobre todo, como tierra de incuantificables riquezas...” (Salés 149).

² Entre estos estarían las epístolas, los avisos de príncipes, las anécdotas y facecias, la embajada, la batalla, la crónica histórica (encuentro con Ricote), el viaje al subsuelo (caída en la sima) o la subida a los cielos relacionada al *Somnium Scipionis* (Clavileño): “-Después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la tierra y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador,... Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que *la mayor ínsula del mundo*” (Cervantes 863, énfasis mío).

³ “Sin Ínsula no habría Sancho: el sueño de convertirse en gobernador de una isla es tan esencial para el personaje de Sancho Panza como éste lo es para las aventuras de Don Quijote” (Corteguera 134).

contenidos. Ya Zumthor (809), López Estrada (127-36) y Carrizo mostraron la vigencia de estos libros a lo largo del siglo XVI e incluso el XVII⁴, así como su inserción en la mentalidad colectiva europea, de forma que “muchos rasgos tipificadores de los relatos de viajes de la Edad Media, reaparecen entre los que distinguen a la narrativa de la época áurea” (Carrizo 157). Un lector ávido como Cervantes, que leía hasta “los papeles rotos de las calles,” debió conocerlos, habiendo visto Carrizo evidencia en alusiones de Lotario en el “El curioso impertinente” (175).

De las funciones cumplidas por los relatos de viajes nos interesan aquí dos: la de guías de divulgación de saber legendario o enciclopédico medieval o medievalizado; y la de modelos literarios, de ahí que, lo que Carrizo llama “Poética no escrita” (160) se mantuviera viva por la tradición, incluida una propensión mayor hacia lo experimental.⁵ No negamos con ello la capacidad de innovar del *romance* e incluso su influencia en Cervantes (p.e., la ironía del *Tirant* o los juegos intertextuales y ficcionales del *Grimalte* y *Gradissa*), pero la menor codificación genérica de los libros de viajes hacía que tuvieran más libertad y dinamismo, ofreciendo una multivocidad, mezcla de tonos, discursos y gentes que “no podía ocurrir dentro de las fronteras que los códigos trazaban para las novelas de caballerías, picarescas o bizantinas” (Carrizo 172).

En relación con estas dos funciones, había dos elementos de los relatos de viajes que, por afectar de lleno al *Quijote*, no podemos soslayar. El primero es el motivo del viaje, el desplazamiento espacial como forma de generar ficción (la búsqueda) y cambio en el personaje. Por lo general, sus viajeros no salían a confirmar con sus hazañas un privilegio de origen, como el caballero andante, sino por razones prácticas, religiosas o, como creo que ocurre en el fondo a don Quijote y a Sancho, por romper con la rutina de lo cotidiano y por el deseo de conocer –aquí incluyo confirmar lo leído. Esto sin excluir la doble circulación que solía implicar el viaje, el horizontal por un territorio y el vertical del ascenso social: moviéndose en horizontal, el hidalgo será caballero y el labrador gobernador. De este modo, no es casual que mucha de la narrativa áurea que interactúa en el *Quijote* se apoye en el motivo del viaje codificado por estos relatos, como las caballerías, cuya deuda –de ida y vuelta– con los mismos está atestiguada⁶; las bizantinas, pese al descubrimiento del *Teágenes* y *Cariclea* (ver Carrizo 166); o la propia picaresca, cuya confluencia de mundos (caballero y pícaro), el mestizaje de lo histórico y lo ficcional o la inclusión de elementos folclóricos se adelanta en los relatos de viajes medievales. Ello se extendería a los canales de inserción de otros géneros y discursos del *Quijote* ya mencionados. Hablamos de los tratados utópicos, expuestos generalmente como relato de un viajero ya en Moro (Rodríguez 345); o los avisos de buen gobierno, que a veces también usaban este marco: ¿qué son en gran medida las *Andanças* de Pero Tafur sino unos? Eso sin olvidar las

⁴ Por ejemplo, el *Libro de las maravillas* de Marco Polo tuvo su primera edición en 1503 en Sevilla –centro de este mercado de libros, ciudad bien conocida y donde pasó tiempo Cervantes–, siendo reeditado en 1520. El *Libro de las maravillas* de Mandavila, tiene su primera edición de la versión castellana en Valencia, 1521, tres ediciones más hasta 1540, publicándose en Castilla por primera vez en Alcalá, donde pudo nacer Cervantes, en 1547.

⁵ Valgan la manipulación de figuras y técnicas del género (Campbell 6), o más concretamente el juego de autores y narradores del *Marco Polo* o del *Victorial* (h. 1436), o el recurso de la transcripción de la carta en el Mandavila.

⁶ “Hay testimonios de libros de viajes medievales que fueron utilizados, a su vez, por los narradores de ficciones caballerescas. Podemos citar dos ejemplos palmariamente comprobados. Uno es el caso de la estrecha dependencia del capítulo 410 de *Tirant lo Blanc* respecto a algunas páginas del *Libro de Mandeville*, demostrado por Riquer enfrentando ambos textos a doble columna. El otro es la influencia del *Libro de Marco Polo* en la descripción de la torre de Apolidón en el Amadís.” (Carrizo 166-7). Añado de mi cosecha, por su traspaso al *Quijote*, el episodio típico de pasar un tiempo con un rey o noble, que comparten relatos de viajes y caballerías; la práctica –aquí paródica– de enmendar la plana a la exactitud geográfica de otros viajeros o lo escrito antes (don Quijote cuestiona que Micomicón desembarcase en Osuna por no tener puerto, y el cura corrige con Málaga); o el ya mencionado de Candaya. De hecho, es tal el concubinato que Bennett denominó al Mandavila “romance of travel” (39).

bases de la conceptualización de lo colonial, ya bien delineadas en los libros de viajes medievales, y desde donde irradiaría reelaborado a través de las Crónicas y Memoriales del Nuevo Mundo, eslabones que llevan a la picaresca y al mismo *Quijote*, supuesta crónica ficticia.⁷

El segundo elemento era el reto representacional de tener que escribir un mundo extraño, de tener que meter una realidad nueva o apenas conocida en un texto o un mapa, lo que acabó llevando, en palabras de Campbell a ese “vanishing point where not only fact and text, but fact and fiction partake more of each other’s natures than they are now felt to do” (145-46). Los libros de viajes se apropiaban simbólicamente de un territorio ajeno, convirtiéndolo en espacio discursivo, desplegando un orden espacial con un itinerario sobre el que incluir nombres de lugares, gentes y personas (Zumthor 812). A confrontar lo extraño ayudaban unas técnicas retóricas que se perpetuaron como la hipérbole, maravilla, *evidentia*, *similitudo*, *locus amoenus*, *summa* o la *descriptio urbis*. Lo desconocido invitaba a una “poética del llenado” en la que el mundo, en el mapa mental del viajero, era como una página que llenar –*mappa* significaba lienzo– con información de distinta procedencia libresca u oral, real o imaginada. En los siglos XV y XVI, con las nuevas exploraciones y la creación de un nuevo público lector que demandaba conocer vicariamente otros mundos, se incrementó la ansiedad de tener que representar mundos para los que el lenguaje se quedaba corto.⁸ A la creación de una nueva geografía textual y cartográfica contribuyó la construcción del Oriente, tema capital de los libros de viajes y que, empujado hacia el este en distintas olas (Cruzadas, siglo XIV, finales del XV), acabó casi como un concepto a la vez unido e independiente de un área geográfica, y con un estatus ontológico cuya geografía permitía la sobreimposición del mundo real y el de la imaginación (Campbell 125). Eso sin contar lo heterogéneo de los materiales geográficos y etnográficos usados en su creación. Vemos estos dos fenómenos, la constitución de un orden ontológico ambivalente que llamamos “especulativo,” y la multivocidad híbrida y acumulativa de contenidos y discursos, como un avance fundamental hacia el *Quijote* y la novela moderna.

En relación al primero, el procedimiento de constituir una geografía “especulativa” se realizaba compensando lo real con lo fantástico e incluso lo simbólico para crear algo nuevo, de ahí que prefiramos ese apelativo, superador del dualismo realidad/ficción, a “imaginaria.” Lo anteponeamos asimismo a la expresión *loca ficta*, usada para lugares fingidos, de geografía fantástica y retórica imaginaria (Arellano 9), ya que si bien los espacios especulativos también pueden expresar modelos de socialización, son más puntos de inflexión entre lo real y lo imaginario, ofrecen un espacio creado y temporalizado mediante la proyección del “yo” (no solo un *setting*), se constituyen en lugares ambiguos y de fricción de todo vínculo transparente entre palabras y cosas, y tienen las islas como una de sus formaciones preferidas.⁹

Este modo constitutivo de hacer emerger el espacio, asociado a la mencionada “poética del llenado,” tenía una dimensión caligráfica y cartográfica, en las que se fundían mito y geografía. Ejemplos en lo textual que llegan a la edad media desde la Antigüedad son las propias Islas Afortunadas o Canarias (isla de los perros); los de San Isidoro en sus *Etimologías* (XIV.6), que transmite el legado clásico a enciclopedistas y cosmógrafos medievales con una “equilibrada

⁷ Un ejemplo traído a colación por Martínez Crespo es la descripción de Temixtitán por Cortés, siguiendo, aunque como isla el *laus urbis*, y cuyas similitudes con la Constantinopla de la *Embajada a Tamorlán* son evidentes (245).

⁸ “But the traveler in foreign parts is faced with a world for which his language is not prepared: no matter how naïve the writer’s understanding of language, the option of simple transference, of verbal equivalences, is not open” (Campbell 3).

⁹ Aunque con otra terminología y enfoque, así lo acaba admitiendo Martínez Fernández en su estudio sobre las islas poéticas en la literatura antigua y medieval: “De ahí la mayor parte de las descripciones antiguas de islas sean una mezcla de relatos fantásticos o mitológicos e informaciones materiales, más o menos verídicas” (425).

dosis de realidad geográfica y mitológica en los testimonios” (Martínez Fernández 440)¹⁰; las versiones cristianas que mezclaban lo folclórico y legendario con travesías de marinos o santos (Groenlandia, Tule), como la Isla de Sancti Brendani; o libros de viajes como el de Mandavila o el *Libro del conocimiento de todos los reinos* que difuminan el dualismo real/maravilloso o mezclan islas inventadas y reales como don Quijote al Caballero de la ardiente espada y al Cid. Ya en los siglos XV y XVI surgieron *isolarii*, guías ilustradas sobre islas y para Martínez Fernández: “verdaderos repertorios más o menos completos de islas reales o imaginarias” (441). La situación geográfica de la península ibérica de cara al Atlántico la convirtió siempre en un foco de este tipo de mixturas, lo que prolongó América ya desde Colón, en quién se aprecia esta relación conflictiva entre lo ficticio y experiencial en cuestión de islas. Solo asumiendo la existencia de islas especulativas donde parar era posible el viaje a través del océano, estatus que irrumpe al tratar de nombrar las recién descubiertas: “Esta isla es Tarsis, es Cethia, es Ofir y Ophaz é Cipanga, y nos la hemos llamado Española” (Mártir de Anglería 382).

Lo dicho interactuaba con la dimensión cartográfica del llenado. La pervivencia de prácticas de la tradición legendaria, como la localización de la isla de Antillia en las cartas náuticas hasta el XVI con un estatus similar a otras como Cipango (Fernández-Armesto 251); o de la religiosa, como la inclusión –muchas veces insular– del Jardín del Edén en los mapas (Freedman 91, Martínez Fernández 448), se extendieron a la edad de los descubrimientos, permitiendo los años de llenado del Atlántico la síntesis de fantasía y realidad. Paradójicamente, al volverse más realistas ya desde el siglo XIV (portulanas), los mapas se abrieron además a nueva información, incluida la especulativa: “Late medieval exploration of the Atlantic fed geographical speculation, even as it increased geographical knowledge” (Fernández-Armesto 245).¹¹ En otras palabras, las exploraciones trajeron un intersticio de conjeturas, experimentación y especulación, un sentido de falta de límites e infinidad espacial que pervivió en el imaginario epistemológico y cultural, pese a las verificaciones y la campaña antificción del XVI, más allá del siglo XVII.¹² Un ejemplo son las Antípodas, islas que antes que D’Ailly había especulado Mandavila, esperado encontrar Colón, y cuya alusión marca la llegada de Sancho a su ínsula (Cervantes 887). Pensamos que son en parte estas prácticas recogidas por los libros de viajes medievales, a las que se refiere Carrizo, cuando señala cómo estos “ofrecían esa borrosa frontera entre la ficción y la realidad que terminaría por triunfar en la narrativa de ficción del siglo XVII” (166). También que la Ínsula Barataria, en su estatus entre lo real, lo ficticio, lo posible y lo imposible¹³, su ambigüedad constructiva e interpretativa, e incluso su función para plantear problemas socio-políticos que luego enlaza con lo utópico, tendría mucho que ver –sin excluir otras fuentes con que confluye como las caballerías– con esta tradición geográfico-especulativa insertada en los libros de viajes.

¹⁰ Taprobane es un buen ejemplo de la síntesis a la que nos referimos. Asociada al referente real de Sri-Lanka, sus relatos contenían connotaciones de índole fantástica más o menos matizada (p.e., dos veranos y dos inviernos).

¹¹ “Fresh discoveries were a direct stimulus: the Majorcan cartographers who first placed the Azores roughly in their correct position in maps of the 1430s also introduced new speculative islands into the tradition. Andrea Bianco was interested in the latest verifiable novelties, as his sea chart of 1448 shows, but in his world map of 1436 he scattered imaginary islands about the ocean an even in 1448 chart he included some traditional isles, with an assurance that an “authentic island” lay 1,500 miles out in the equatorial Atlantic” (*The New Cambridge Medieval History* 183).

¹² “As for the inclusion of speculative islands, it was not only in the fourteenth century that such speculations were recorded as if they were facts. Notional islands continued to appear on nineteenth-century admiralty charts” (Fernández-Armesto 164).

¹³

hoy	se	le	buscan	referentes	reales:
-----	----	----	--------	------------	---------

https://elpais.com/cultura/2015/08/22/actualidad/1440259627_292359.html

Junto a este orden ontológico especulativo, los libros de viajes ofrecían además una acumulación híbrida de materiales, discursos, así como la “nutrida miscelánea de géneros” (Carrizo 161) y la experimentación que luego caracterizará a la novela. Esta conjunción de materiales diversos, maravillas, moldes retóricos y discursivos filtrados por lo enciclopédico medieval y la materia de Alejandro fueron reelaborados por los humanistas con aportaciones del mundo clásico, haciendo los libros de viajes o su motivo, a menudo, como catalizador. La función compensatoria de esta acumulación y mezcla (llenar un vacío epistemológico), concurría a la vez con el “storytelling” y sus técnicas como la del ensarte a la hora de interpolar materiales variados (véase su pervivencia, por ejemplo, en la narración del cuento de Torralba por Sancho). Ello ofrecía una estructura abierta a la que solo ponía fin la conclusión del periplo.

En la trasposición al XVII, esto confluyó con el gusto del público por la variedad, que viene del XVI y se consolida con la *varietas* barroca, su estética acumulativa (*horror vacui*) y su visión espectacular del mundo (*theatrum mundi*), ideas todas presentes en Barataria. En esta línea, vemos el episodio como resultado de una multivocidad acumulativa e híbrida de discursos, subgéneros y materiales afín a la de los libros de viajes, y que en tono paródico también ayudan a su conformación.¹⁴ Entre estos componentes se encontraba, por ejemplo, el político, con las formas de gobierno de tierras lejanas o la actitud de los gobernantes. Otros contenidos ya mencionados eran los enciclopédicos (las antípodas), los religiosos (el paraíso, rey Salomón), los literarios (viajes de Alejandro) y los mitológicos, como la isla de la Atlántida, la Arcadía o la edad de oro, todos conectados al pensamiento utópico. Mención especial merece lo popular, folclórico y legendario (ver Zumthor 819), fundamental en cómo Sancho descifra el mundo frente al modo caballeresco de su amo. De hecho, la posibilidad de mezclar ambas lecturas del mundo era algo para lo que había pocos precedentes antiguos fuera de los libros de viajes. El folclore aportaba, por ejemplo, relatos de abundancia y satisfacción de los deseos sin trabajar (Cucaña, Jauja), que también atraviesan –para ser rotos– Barataria. Conectado con lo popular y folclórico, también irrumpía en los relatos viajeros la literatura sapiencial, por ejemplo, en forma de pruebas de ingenio o desciframiento de enigmas (nudo gordiano de Alejandro). Tan solo de muestra, el *Barlaam y Josafat* incluía un cuento oriental titulado “El Rey por un año,” en el que cada año se tomaba un extranjero y se le hacía rey, tras el cual se levantaban contra él y tras deponerlo, lo enviaban a una isla desnudo y hambriento (98-99), historia que reelabora el *Conde Lucanor* (XLIX). A este tenor, no deben olvidarse las conexiones que Rodríguez Adrados esbozó entre la *Vida de Esopo* y Cervantes, historia en la que, bajo un marco de viajes, una pareja de amo y criado recorre el mundo, caracterizándose el segundo por mantener el sentido de la realidad, su deformidad física (incluida la panza), recibir palizas y tropelías, y dar respuestas ingeniosas a preguntas y situaciones (22-34). Finalmente, tampoco era ajeno a los libros de viajes, la posibilidad de alinear esta acumulación e hibridez con el humor y la ironía, aplicándose incluso a cuestionar la verdad sobre los materiales incluidos, como ya había hecho Mandavila (Campbell 156), y en España Fray Diego de Mérida en su *Viaje al Oriente* (1512).

¹⁴ Carrizo problematiza la diferenciación de Segre entre las interpolaciones de los libros de caballería y las del *Quijote* (las de este último detendría el relato sin producir peripecia), añadiendo las que se entrelazan con el relato y generan situaciones en la trama (p.e., la historia de Cardenio), y un tercer tipo variado que describe como un despliegue de meditaciones, conocimientos y actitudes admirativas típicas del libro de viajes (169). Entre estas estarían el escrutinio de la biblioteca o la descripción del puerto de Barcelona. Pensamos que en Barataria, como en la novela, están sintetizados los tres. Así, se daría el caso de que “Antes del desarrollo de la novela durante el siglo XVI, es precisamente en estos textos [libros de viajes] donde vamos a encontrar reunidos los tres tipos de formas digresivas que acabo de exponer, y relacionadas por supuesto, con el desarrollo de un itinerario” (Carrizo 170).

Añadidos los libros de viajes de fines de edad media a los precedentes del *Quijote* que, en conjunción con otros, hacen posible Barataria, creemos que tanto su forma ensayada de constituir el espacio que denominamos “especulativa,” como su carácter acumulativo e híbrido resultan de gran ayuda para caracterizar la forma de representar y de introducir el presente político en la novela. De hecho, asumiendo la gran relevancia de la visión en el *Quijote* (González Echevarría 217-18), el doble sentido etimológico-evolutivo de *specio* (mirar), del que se formaron los vocablos *speculum* (medio de contemplación, espejo) y *specula* (medio de observación, observatorio, atalaya), puede servirnos para encauzar la reflexión. El primero podría aludir a la escritura como reflejo especular de las cosas o de su simbolización idealizada y codificable, como hace el típico *romance* de caballerías. El femenino, del que vendría “especulativo” a través de *speculari*, significaría observar desde lo alto, para espiar o señalar vicios, como hace Alemán, quien subtítulo a su *Guzmán* “atalaya de la vida humana”. Con todo, proponemos como mejor forma de conceptualizar la escritura cervantina a nivel representativo y de involucración con su presente, el uso que hace Akbari para los libros de viajes medievales de la lectura de Elder (94, 101, 114-15) del concepto espacial foucaultiano de *repérage*: localización, punto en el mapa. Cuando Foucault lo usa, lo haría en su sentido militar y de una doble forma cartográfico-figurativa: “making a map,” representar un terreno y crear un espacio llenándolo, de forma aproximativa y no totalizadora, como nuestras islas especulativas o Barataria¹⁵; y el de “mapping the present,” que implicaría la inspección de un territorio o el señalado de objetivos (Akbari 13-14), con un sentido crítico-político en el que también juega un gran papel nuestra ínsula.

Empezando por la forma de la representación, Carrizo enmarca el viaje de nuestros protagonistas dentro de lo especular, señalando cómo “...aunque sea la España de fines del XVI y principios del XVII, en última instancia lo que recorren es un espejo del mundo y de todas sus complejidades” (174). Aunque asentimos con el desplazamiento en un territorio como nexos articulador de la novela e incluso con la posibilidad de trasponer sus “complejidades” a un plano universal, pensamos que estas están primariamente ligadas a la España de su tiempo. Asimismo, sería el propio recorrer el que confeccionaría su “*mappa mundi*” en lugar de reflejarlo. A su llenado contribuiría la distorsión del concepto tradicional de mimesis y la ruptura del procedimiento especular del *romance* que, con distintos grados de simetría, transmitía una idea del mundo en que las palabras eran –o podían ser– un reflejo exacto de las cosas. Es con la multiplicidad, la paradoja, la resolución irónica de lo humano o de la propia representación, el borrado de límites entre lo ficticio y lo real, o las interpolaciones que rompen el *decorum* e introducen matices en la perspectiva, que se va erigiendo una geografía ambivalente más especulativa que especular. La ínsula se convertiría así en un espacio esencial para entender esta forma de representar, en un punto de inflexión importante para observar la mencionada reevaluación de la relación entre palabras y cosas, el proceso de creación de una nueva ficción realista (novela moderna), o el de los personajes que pueblan su mapa, en particular, Sancho.

Dadas las páginas dedicadas por Foucault al *Quijote* en *Las palabras y las cosas*, como modelo de demarcación de la fractura epistemológico-lingüística entre *res* y *verba*, con la autonomía de ambas (53-56), nos limitaremos tan solo a unas breves reflexiones.¹⁶ Lo que prefiero llamar, más que ruptura, replanteo de la relación natural entre palabras y cosas, tomando

¹⁵ De hecho, en su *Madness and Civilization*, Foucault describe, en línea similar a la nuestra, la navegación forzada del loco medieval, un poco como don Quijote por el Ebro aunque para ser deportado, enfatizando cómo viaja a través de una geografía “half-real, half-imaginary,” (11) afín a esta liminalidad medieval que describimos.

¹⁶ Aunque en lo básico del proceso estamos de acuerdo con Foucault, tan solo reseñamos en nota nuestro escepticismo sobre su modo de describir el devenir histórico del conocimiento, a base de grandes rupturas lineales

más conciencia de la arbitrariedad e instrumentalidad de la misma, se aprecia ya en la vacilación ambivalente de la etimología de Barataria, de forma que el narrador parece burlarse de cualquier tipo de relación cierta y transparente entre los dos componentes: “Diéronle a entender que se llamaba ‘la ínsula Barataria’, o ya porque el lugar se llamaba ‘Baratario’ o ya por el barato con que se le había dado el gobierno” (Cervantes 888). Además, como ha mostrado Jones, el término tenía otras connotaciones para el lector, que contribuyen a su inestabilidad semántica y sugieren aspectos sociales criticables, como la extorsión y soborno de un juez (baratería), el juego deshonesto y el fraude (lenguaje jurídico), o el engaño y trueque de unas cosas por otras (137-38). Como el lugar de don Quijote, la ínsula de Sancho podrá ser cualquier sitio y ninguno, y para resaltar en parte esto está puesta en el mapa de la novela. La propia alusión a las debatidas antípodas, que abre el episodio en sí y a cuyo estatus ontológico nos referimos, anuncia lo que nos traemos entre manos. No casualmente, las últimas palabras de don Quijote al despedir a Sancho no son solo la confirmación de su promesa sino el intento de anclar algo cambiante, sin referente pero posible; en definitiva, de conjurar la preeminencia de las palabras sobre las cosas: “-Sancho amigo, la isla que os he prometido no es movable ni fugitiva: raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está a tres tirones” (Cervantes 855). De igual naturaleza, pese a la burla, es la intervención del Duque al describir la ínsula como “hecha y derecha, redonda y bien proporcionada” (866), tratando de insuflarle un estatus ontológico acabado, perfecto –circular– y tangible, frente al especulativo, dudoso y ambivalente que posee. En su gobierno, el narrador se cuidará bien de registrar que las ordenanzas que da Sancho, las da a “la que él imaginaba ser ínsula” (945), sin fijar su estatus, como nunca se fija la vacilante duración de su gobierno. El gobernador se irá sin saber si el lugar dejado era “ínsula, ciudad, villa o lugar” (959), o sea, sin encontrar una palabra que corresponda con claridad a la cosa gobernada, lo cual tampoco deja de ser significativo.

Visto lo dicho, la ínsula Barataria ejemplifica la forma constitutiva de crear la realidad con una interacción de lo real e imaginario, facilitada por el replanteo de la relación entre las palabras y las cosas mediante el uso y el contexto, a cuyo estatus resultante llamamos especulativo.¹⁷ Por ello, como señala Nesser, Barataria “is no longer defined by the topography of the conventional island but by its context, the social and spatial relations that characterize its position” (5), siendo precisamente esa prevalencia de las palabras sobre las cosas como realidad signifiante que exhibe, lo que la desplaza desde un espacio geográfico a uno discursivo, según sugiere bien Pinet (185). Todo ello no es nuevo y son numerosos los ejemplos medievales más allá incluso de los libros de viajes, si bien creo, que el talento y el modo sistemático en que Cervantes despliega un mundo, usando la capacidad de separar y rejuntar de forma imprevista o irónica realidades y representaciones lingüísticas, le proporciona un punto de fuga de la mimesis clave para entender su libertad creativa. Ello le permite, por ejemplo, conectar de forma verosímil y productiva mundos como el del *romance* y la picaresca, o explotar el anhelo de recuperar ese mundo en que palabras y cosas estaban unidas para generar peripecias. Por otro lado, junto a las consecuencias en la concepción de la verdad, la mencionada reestructuración de

de modelos epistemológicos y concepciones semánticas. Por nuestra parte, creemos más en modelos que coexistieron superpuestos –y todavía coexisten– dialécticamente desde la Antigüedad, siendo condicionada su relevancia por las circunstancias históricas, pese a que el poder siempre relegó unos y promovió otros. Para este modelo alternativo de descripción, véanse los capítulos 1 y 2 de mi libro, *Celestina según su lenguaje* (2015).

¹⁷ “Indeed, the *Quijote* is the perfect example of a book in which it seems nearly impossible simply to call things by their name or to speak of the singular truth of things” (Cascardi 17).

la relación *res-verba* abre la posibilidad de socavar de forma indirecta, discursos establecidos sobre los que se levantaban estructuras políticas y órdenes sociales como el de la iglesia, la historia o la caballería.¹⁸

Las últimas anotaciones nos incursionan en las consecuencias y posibilidades abiertas por esta forma de usar el lenguaje en el proceso de creación discursiva de la novela, aspecto visible en Barataria. Ofrecemos ejemplificadas con esta las principales características discursivas del camino, cuya transición marca el *Quijote*, desde la ficción especular (imitar la naturaleza) a la novela especulativa (representar de forma constitutiva, compleja y multivocal un mundo).¹⁹ La primera es la base lingüístico-discursiva y la interacción de discursos y géneros sobre los que se erige nuestro episodio. Fue ya Maravall el que cayó en que, frente a las caballerías, Sancho gobierna “no ya a título de pura concesión graciosa de su señor, ni por mérito de sus acciones heroicas” (212). Su gobierno es de generación lingüístico-irónica, resultado de que alguien ha leído la *Primera parte*, lo que cambia también los términos del ascenso social natural del escudero de las caballerías. El discurso resultante no deriva de la mera parodia de estas últimas sino de la interacción irónica entre los múltiples géneros y discursos mencionados, y en la que la tradición medieval de los viajes sería cardinal como precedente articulador de los mismos, dentro de un marco híbrido de realidad e imaginación. Esta verosimilitud intertextual y especulativa será clave cuando el discurso cervantino construya su “verdad,” más en la línea de los viajeros medievales o de modelos como Apuleyo que de la fábula del *romance*, la pretensión de verdad del cronista o de la solución picaresca del narrador-protagonista, propuestas todas que parodia.

Otra característica es el carácter procesual, fluido y no acabado que comparten ínsula y novela, pasando en ambas a primera línea el propio proceso de construcción. Esta práctica, que dificulta la reducción del discurso a lo referencial y que más que aludir a realidades preexistentes las conforma, la enfatiza el narrador al comienzo de nuestro episodio, en la reflexión comentada sobre el carácter diferente de esta interpolación, uniendo así el proceso de creación de ambas, novela e ínsula. Este sentido abierto, en construcción es el que le otorga, entre otros, una proyección de apuesta hacia el futuro bien percibido por Pinet citando a Lefebvre: “the locus of projects and actions deployed as part of specific strategies, and hence also the object of wagers on the future —wagers which are articulated, if never completed [14]” (184).²⁰ No es difícil conectar esta forma “in progress” y abierta de confeccionar narración y geografía con el gusto barroco por la metaficción y la autoreflexión artística, véanse las Meninas. Este proceso de confluencia teórico-práctica (se explora teóricamente cómo hacer ficción haciendo ficción, teoría política haciendo práctica política) se acentúa, además, en el caso de Barataria mediante su conversión metaficcional en un escenario de teatro. Cervantes se servirá así, de dos técnicas típicamente barrocas, el *misse en abyme* y el *theatrum mundi* para ampliar los niveles de ficción y llamar la atención sobre el propio proceso de creación insular.

¹⁸ “In this, Cervantes goes beyond Vives’s diagnosis of civil discord to a deeper insight into the non-convergence of deeds and words, of *res gestae* and *historia rerum gestarum*... The political ‘failure’ of Don Quijote’s project to align words and deeds is the source of a crucial insight into the nature of modern politics itself” (Cascardi 14).

¹⁹ Preferimos nuestra terminología a “moderna,” por atenderse todavía esta al paradigma realista de la novela decimonónica, frente al cual se contrastaría tradicionalmente toda narración ficcional calificada como novela. Las características que vamos a señalar estarían, asimismo, catalizadas por la ironía, no tanto como un recurso típico cervantino sino como forma esencial de la novela como género literario frente a la épica (Lukács 107).

²⁰ También Akbari, en la órbita de los libros de viajes medievales, se refiere a un proceso de construcción similar de fusión del quehacer discursivo y geográfico que afectaría a la verdad: “These can be used to reconstruct the contours of an imaginative geography whose status is not that of a universally accepted ‘truth’ but rather a discourse that is continually in the process of being articulated and thus creating, as it were, its own truth” (14).

No es menos relevante para la novela especulativa, la metaconciencia de que su mismo discurso es y solo puede ser una versión de la realidad, una perspectiva de los hechos que tiene su base en lo dialógico. Frente al *romance*, basado en el material (materia de Bretaña), Cervantes enfatiza la técnica y el enfoque, pero amplía el monoperspectivismo de la picaresca. No en vano, los hechos de la ínsula son el registro del cronista que crea una versión para el Duque: “Todo lo cual, notado de su coronista, fue luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando” (Cervantes 894). Pero lo significativo es que Sancho es consciente, de forma que al salir de su gobierno y reportar al Duque, no deje de notar irónicamente la relación contingente entre *res gestae* e *historia rerum gestarum*: “Si he gobernado bien o mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren” (973). No solo los “hechos históricos” sino incluso los fantásticos (encantamientos) estarán a su mismo nivel y serán objeto de debate, como les espeta a los incrédulos cura y bachiller, el paje enviado a Teresa Panza: “... y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores Duque y Duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oído decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamiento o no, vuestras mercedes lo disputen allá entre ellos...” (936). En conclusión, creemos, como señala Campbell a propósito del Mandavila, que el trauma que lleva a la novela nace en parte de esta “crisis over historicity and significance” (123). Y que la conciencia vista en Sancho de vivir su realidad –en este caso el episodio más importante de su vida– como una creación versionada, es esencial en la construcción del nuevo personaje moderno.

Lo dicho sobre el lenguaje y la creación de la novela confluye, por tanto, en el proceso de creación de Sancho. La imposibilidad de abarcar el conjunto de explicaciones dadas al mismo, me fuerza a comenzar mi propuesta tan solo con unas apostillas a las dos tendencias explicativas más tradicionales, que a veces aparecen combinadas: las que describen el desarrollo de Sancho como algo interno contrastando la *Segunda parte* (juicioso, sabio) con la *Primera* (simple, bobo y sin sal en la mollera); y las que recurren a sus modelos y fuentes externas para explicar las supuestas incongruencias.²¹ En lo que toca a los modelos, sin negar el influjo de elementos escuderiles, folclóricos, teatrales y carnavalescos en determinados episodios o a lo largo de la obra, considerado el todo, creemos que la figura de Sancho estalla con su complejidad toda descripción mimética invertida o sintética. Nuestro escudero no se deja reducir bien, pensamos, a una mera inversión bien sea carnavalesca, paródica del escudero del *romance*, o de su propio amo; y lo mismo ocurre si tratamos de ver su complejidad solo como una acumulación o síntesis de estereotipos literarios como el bobo, el rústico, el gracioso, el loco, el enano o el bufón. En lo que respecta al contraste entre las dos partes del *Quijote*, asentimos con una evolución a lo largo del conjunto que también afecta a don Quijote –sin desterrar el zig-zag, de ahí las inconsistencias o conflictos a los que nadie humano es ajeno–, si bien no terminamos de ver ni la conversión radical ni la manida quijotización de Sancho en 1615.²² En esto estamos de acuerdo con Urbina, aunque ni mucho menos queda la figura de Sancho completa en 1605 (97) sino que, como la novela, se va haciendo gradualmente ante los ojos del lector hasta el final.

Remitiéndonos al proceso de confección de un mapa novelesco en que la realidad emerge de forma constitutiva, preferimos ver la génesis de los personajes, y en particular del escudero,

²¹ Como ejemplos del primer grupo sirvan Maradiaga (1926), Sletsjöe (1961), Maravall (1976), Corteguera (2009), Nemser (2010). El segundo lo compondrían críticos como Close (1973), Molho (1976), Redondo (1978), Urbina (1982), Barbagallo (1995) o Vélez-Sainz (2000).

²² En relación al tema tratado de la ínsula, Ramírez Santacruz retrotrae el discurso-yo de Sancho al capítulo 7 de la *Primera parte*, cuando con sus palabras promueve ya la imagen de alguien capacitado para su gobierno “por grande que sea,” lo que se acaba por confirmar en la *Segunda* (“El verdadero” 87).

como un proceso de autoconstitución evolutiva empezado por el autor y completado por el lector. Este sería el resultante de la interacción contextual física y lingüística con el espacio, el tiempo y el resto de personajes de la narración (incluidos los narradores), manifestándose, junto a la autoconciencia del yo, en unas experiencias y anhelos que lo acercan al tema de la vida como peregrinaje. Ello no es incompatible con tener modelos, ni de carácter ni narrativos (sigue etapas de formación del héroe como la prueba o la visita al subsuelo), pero su relación con los mismos emana más de forma irónica que sintética o invertida, lo que le proporciona más libertad frente a los códigos y convenciones que a sus modelos, incluido el pícaro.²³ El proceso se extiende a toda la novela²⁴, con una intensificación en la *Segunda parte* que Ramírez Santacruz hace mensurable con las expresiones afirmativas del “yo” de Sancho, ligadas a más seguridad en sí mismo, la capacidad de ser actor y autor de su historia, y una conciencia mayor de su identidad (“Sancho” 90).

Lo mismo se aplica al impulso de este desarrollo, lo que se aprecia si nos preguntamos con Willis por qué Sancho se embarca en la aventura, si no es un desposeído (no pasa hambre y tiene una vida segura), si ya en la *Primera parte* conoce el fracaso de la primera hazaña y luego la condición de su amo. Aquí entra la promesa de la ínsula, pero asentimos con este crítico, cuando sugiere otras razones más que la avaricia, la presunción o el autoengaño para su estímulo, tales como el deseo de hacerse su propio destino o la libertad (Willis 215-17). Creemos que, sin ser único, en el impulso que mueve a Sancho confluyen este inconformismo con su destino social, junto al deseo de probar cosas nuevas y de ver mundo: “...y esto [que venga la ínsula] no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme a mayores, sino por el deseo que tengo de probar a qué sabe el ser gobernador” (Cervantes 886).²⁵ Estos aspectos, presentes en los relatos de viajes, se aprecian a lo largo del texto, pero están en paralelo en nuestro episodio tanto en el hastío de don Quijote en casa de los Duques, cuyo ocio le impide continuar su destino; como en la explicación dada por los jóvenes hermanos que detiene Sancho en su ronda por la ínsula, salidos “a espaciar de casa” de su padre, por la curiosidad de ver mundo (927). De hecho, resulta difícil de pensar que Sancho, cuando renuncia a la deseada ínsula y expresa su deseo de volver a su “antigua libertad” y a “la vida pasada,” (957) se esté refiriendo a la de labrador en su aldea y no a la de romper con el tedio de lo cotidiano, viajar libremente y conocer lugares nuevos vivida con don Quijote. No en vano, el autodescubrimiento que adquiere Sancho estará muy marcado, a la par que por el ejercicio del poder, por el viaje y contacto con otras tierras y gentes.

En este proceso especulativo de creación de Sancho incide una doble paradoja que atestigua la excepcionalidad de Barataria. La primera es que pese a la relevancia del viaje en términos de interacción espacio-temporal, experiencia, motivación o búsqueda, el episodio más

²³ El proceso que describimos, y aquí seguimos a Johnson y su estudio sobre la construcción de los personajes cervantinos, no difiere, en tanto que representación, del de las personas reales a lo largo de su vida, de ahí que no existan diferencias esenciales entre ambas categorías (25).

²⁴ Ya en la *Primera parte*, Sancho es un personaje con libre albedrío –decide no abandonar a su amo– y conciencia de sí y de la realidad circundantes. Por ejemplo, al final de esta, Sancho ve claramente a través de los disfraces del cura y el barbero, lo que muestra, como luego dirá a la Duquesa en la *Segunda*, que ese saber “despabilarme a sus tiempos” (Cervantes 809-10) no ocurre de repente.

²⁵ En la línea expresada, estaríamos ante una propensión de Sancho (¿Cervantes?) a ausentarse de casa, que ya aparece en la *Primera parte*, en la alusión a un misterioso viaje a la Corte (Cap. XXI), y se confirma en la *Segunda* por el comentario de que de vez en cuando va a sesgar a otro pueblo (XXXI), de ahí que afirme Ramírez Santacruz que “algo de viajero y buscador de aventuras ya tenía Sancho antes de escuchar las promesas de don Quijote (“Sancho” 89).

crucial del desarrollo de Sancho tiene lugar en un intervalo de suspensión en el desplazamiento. Igualmente, el simultáneo alejamiento de don Quijote hace que quede pospuesto el otro gran dispositivo de crecimiento: el diálogo con este.²⁶ Ello marca el tiempo de mostrar lo acumulado, para lo que Sancho necesita una independencia y soberanía de su señor que es gran parte lingüística y continúa la capacidad transformadora del diálogo. Es por lo que Barataria deviene en “the place for a change in linguistic register as a characterizing trait of Sancho. It is his language, his capacity for naming that stands out” (Pinet 184-5). Nada más llegar, Sancho reivindicará el derecho a elegir su nombre “sin añadiduras de dones ni donas” (Cervantes 889), permitiéndole el gobierno desplegar sin cortapisas de su amo el poder de las palabras para cambiar la realidad. No en vano será con un acto de habla cómo ejercerá después la ruptura de soberanía fraguada en Barataria, cuando don Quijote trate de azotarlo y se rebelde: “Ni quito rey ni pongo rey...sino ayúdome a mí, que soy mi señor” (1006). De nuevo, el ejercicio de esta dimensión creativa del lenguaje para reconfigurar la realidad, siguiendo los propios intereses, no entra de la nada en la *Segunda parte*.²⁷ Sancho la había usado para recrear a Dulcinea en la escena de “entrega” de la carta al final de la *Primera* y salir del aprieto, elemento generador de ficción que se extiende en la *Segunda*, que acabará con el intento fallido del escudero de salvar a don Quijote con el poder de las palabras, generando otro espacio especulativo (real-ficcional) pastoril (1102).

Al final, Barataria facilitará la proyección lingüística dinámica de Sancho en un espacio y tiempo especulativos, fundamental para que implote y se muestre sistemáticamente “capaz de actuar creativamente y de generar en torno a su presencia y participación un nivel de significado trascendente” (Urbina 98). Asimismo, sin el vaciado de “contenido sustantivo” de la relación amo-sirviente que se gesta en la ínsula (ver Williamson 260), no se entendería el cambio en la dinámica de poder con don Quijote.²⁸ La acción de gobierno en ese espacio será crucial en la configuración de ambos, espacio y personaje, rompiendo en su proceso con la idea estática de la época de que el gobernante nacía para el cargo en lugar de hacerse en él, en una asociación con lo divino que servía para legitimar la adscripción de puestos a la aristocracia. En la acción de Sancho será capital el ejercicio creativo del lenguaje, ya que la virtud que sirve de guía no se ejerce como un concepto autónomo y trascendental al que referirse sino como un *actio* que requiere una ejecución lingüística caso por caso. Ello permitirá la ruptura de las expectativas del lector, súbditos, duques y también de don Quijote, quien esperaba que Sancho pusiera la ínsula patas arriba por no ser otra cosa “que un costal lleno de refranes y de malicias” (Cervantes 876).

Esta interacción con un espacio, que no solo contribuye activamente a crearle sino a crear, se ha concebido a menudo como un reducto preservativo positivo (utópico) o, en su visión invertida, distópico. No obstante, creo que aquí Cervantes también está reelaborando con Sancho, irónicamente, el tópico espacial de la *relegatio ad insulam* o destierro insular. En verdad más que premiado con un gobierno, Sancho es desterrado y condenado a sufrir privación, burlas y tormentos, condena que será capaz de revertir reconfigurando lingüística y creativamente su relación con ese espacio hasta hacerlo ambivalente, y rompiendo al final la reclusión para

²⁶ “Es ante todo a través del diálogo que don Quijote y Sancho van adquiriendo realidad, dándonos la ilusión de su autonomía, de su existencia fuera del texto, como verdaderos personajes de carne y hueso en el sentido que más tarde se llamaría ‘novelístico’” (Hughes 142).

²⁷ Ramírez Santacruz la trae incluso a los paratextos de 1605, donde Sancho, como Cervantes, aparecería ya como un biógrafo interesado de sí mismo, algo que se haría extensible a toda la obra (“El verdadero” 88).

²⁸ En este doble sentido expuesto, en el que se acaban equiparando ambos personajes, no podemos estar más de acuerdo con Corteguera cuando afirma que: “Sin Ínsula no habría Sancho: el sueño de convertirse en gobernador de una isla es tan esencial para el personaje de Sancho Panza como éste lo es para las aventuras de Don Quijote” (134).

liberarse del todo como personaje. Este movimiento de salida espacial, que marca el despojado de sus ropas de gobernador, representa la autoconciencia de su nacimiento como personaje que se había ido gestando desde las palabras en que recordaba a don Quijote su promesa de la ínsula (Cervantes 74), y que no casualmente alumbra el acto de habla con que culmina su paralelo proceso de autoconocimiento: “desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano” (957).

Llegados aquí, no es difícil ver el sentido mítico y la relevancia que adquiere para su autoconstrucción otro espacio con el que Sancho interactúa al dejar la ínsula: la sima en la que cae. A este respecto, sin dejar de admitir la conjunción de significados, leemos este episodio más que como alegoría abstracta de la caída del poder o una penitencia por su codicia y aspiraciones desmedidas (Layna 225), como otra ironización de Cervantes que resalta la autonomía de Sancho en sus decisiones: su gobierno no merece la caída, y acaba de refutar los tentadores 200 escudos de Ricote. Aunque parte de la tradición, más que pre-ordenado y especular, el sentido de este espacio es relacional, otorgándosele las acciones del personaje y la ironía, así como la relación con otros espacios, como el celeste a lomos de Clavileño, donde Sancho adquiere la perspectiva clave en su buen gobierno; o el análogo del descenso a la Cueva de Montesinos, crucial en la conformación de don Quijote. Recordamos que los espacios insulares, y los subterráneos, habían sido siempre propicios para situar teogonías, nacimientos y otros mitos de origen, de ahí su conexión con el seno materno (terrestre) y el mundo de la infancia del hombre (Sánchez-Ostiz 382-83). En este sentido, no es descabellado ver la sima, si nos centramos más en la actuación de Sancho (movimiento, don del pan al rucio) y en el ascenso que trae la llegada del día y de la luz, como una geminación del alumbramiento previo del escudero como hombre y personaje, sin ser imprescindible la lectura religiosa –amanecer espiritual de Sancho– propuesta por Percas (635).

Expuesta la forma cervantina ficcional de crear la realidad (“making a map”), acabamos esbozando la forma oblicua de aproximar la política que, como parte del *repérage*, denominamos “mapping the present.”²⁹ Creemos que, tanto el acercamiento de Cervantes a la representación como a la política, pueden explicarse desde este doble proceso cartográfico espacio-temporal, que ilustran su ínsula mesetaria y el desarrollo de Sancho como personaje. Por un lado, tendríamos la confección vista de un mapa mediante el itinerario, la creación humana de un espacio narrativo ambivalente con un llenado aproximativo y especulativo más que especular del territorio peninsular. Por otro, lejos de limitarse al mero contraste entre ideal utópico y realidad contemporánea, Cervantes no solo escribiría una historia del presente sino delinearía su mapa político, surcando con sus personajes el territorio y marcando objetivos. Lo haría, ofreciendo además medios, frente al sermón y la moralidad que remataba el surcar y marcar del pícaro Guzmán. Sobre estas estrategias, eminentemente espaciales, se articularían otras como el doble discurso, el enmascaramiento, la flexibilidad dialógica o la resolución irónica³⁰, exigiendo todo ello una actitud interpretativa activa y especulativa del lector.³¹

Delineamos muy brevemente el mapa político de Barataria para ejemplificar la forma cervantina de introducir la política que traspasa, sobre todo, la *Segunda parte*.³² Dentro del

²⁹ Dentro de esa complejidad vista, en relación a lo político, estamos de acuerdo con la hipótesis de Cascardi, de que encontrar un discurso apropiado para hacer política, es una parte esencial del experimento que es el *Quijote* (7).

³⁰ “Cervantes' engagement with politics thus reflects the need to speak about politics without always appearing to speak politically; he tends to speak obliquely, in a masked voice, and by tropes, sometimes saying too much or by hyperbole (exaggeration), and sometimes not nearly enough (by understatement)” (Cascardi 12).

³¹ “Cervantes no declara de manera explícita cuál es la moraleja del episodio, dejando al lector la tarea no fácil de adivinar las posibles implicaciones” (Corteguera 134).

³² La temática la marca ya su comienzo, quizás como prolepsis, cuando don Quijote, el cura y el barbero “arreglan el mundo” y discuten varios temas de calado político, como las formas de gobierno o la razón de estado.

mestizaje genérico, el carácter experimental y la combinación de ficción y realidad vistos, la ínsula se convierte en un espacio especulativo al que se llega surcando un territorio (“surveying the territory”) y que a la vez se surca (la ronda) señalándose objetivos (“marking targets”). En la ínsula, ello se materializa principalmente en un doble recorrido político y social que van de la mano. El político hace de la prueba del carácter de Sancho un marcado del mal gobierno de la aristocracia, fácil ligar al presente (p.e., el Duque de Lerma), y que corrupta, inmoral y dedicada al ocio, ha hecho dejadez de sus funciones. Ello lo marcan, por ejemplo, el intercambio simbólico entre Sancho y el Duque, quien otorga el gobierno a cambio de diversión (Sancho no puede comprar el cargo), pero sin olvidar el estipulado cohecho que exige por adelantado para forzarle a montar a Clavileño (Cervantes 856). La falta de liquidez de los Duques, resultado del gasto superfluo y su improductiva ociosidad (es curioso que ni exploten la mina que parece ser la sima)³³, es también señalado como factor que imposibilita el buen gobierno: al vivir del crédito de prestamistas, el Duque es incapaz de hacer justicia a doña Rodríguez, que acaba pidiéndosela a don Quijote. Esta incapacitación para afrontar al poderoso frente al débil en un conflicto, contrasta con la actitud de Sancho, cuando en la ínsula el escribano le diga que se centre en cerrar garitos menores, pues no podrá con el de un gran personaje: “–Agora, escribano -dijo Sancho-, yo sé que hay mucho que decir en eso” (921). El marcado no parece dejar tampoco salva a la clase y élite que, en un estado imperial burocratizado, administra sus privilegios heredados: los funcionarios o letrados (Cascardi 5). Redondo señala el significativo detalle de que Sancho, vestido a lo letrado, sobre la loba negra típica de esta clase vista un ancho gabán, prenda campesina (55), y creemos que la sugerencia recién vista del escribano de la ínsula o la presentación negativa del médico Tirteafuera, “verdugo de la república,” asalariado de los poderosos y licenciado por la controvertida universidad de Osuna, van en esta dirección. A ello contribuye la falta general de buenos gobernantes, consignada varias veces, aunque en conjunto la leamos más que como ataque a un determinado grupo, como parodia sesgada de los criterios esgrimidos por los mismos para significarse (alto nacimiento, limpieza de sangre, formación universitaria irrelevante), frente la virtud política no heredada y derivada de la ética.

El aludido recorrido social del episodio se focaliza en las tensiones de clase que lo traspasan y que sirven para señalar blancos. Si bien el deseo de ascender en Sancho no es nuevo en la *Segunda parte*, ni incluso posterior a salir con su amo (antes había pasado de muñidor a prioste en su hermandad), en gran parte, estas aspiraciones proceden miméticamente del *hidalgo* don Quijote (Girard 3-4), convertido en caballero y aspirante a emperador. Así, serán los delirios de Teresa, tras la carta de la Duquesa, los que terminen de marcar una actitud nada positiva hacia el papel social de esa baja hidalguía castellana con la que trata de rivalizar, y cuya presunción huera y “fantasía” contrapone irónicamente a lo llano de la Duquesa (Cervantes 934). La intención de Sancho gobernador de cortar los “dones” en la ínsula termina por rematar lo que decimos.

Esta conflictividad latente se muestra además en el propio el criterio de elegibilidad del gobernante, que responderá a la virtud práctica adquirida por la experiencia vital del viaje que ilustra Sancho. Este no triunfa, como los ricos labradores lopescos a los que se refiere Corteguera (39), procediendo como un noble sin más y ningún proceso, sino en uno que implica el ejercicio de la virtud política mediante unas obras constituidas desde el lenguaje, y que culmina con el autoconocimiento y la renuncia al poder. Lo importante aquí no es tanto el fracaso del ascenso social de Sancho como la potencialidad dinámica del cambio, la posibilidad especulativa de que

³³ “La de Sancho es una mina, una cantera, una vena de la tierra construida para extraer alguna riqueza de sus entrañas.” (Layna 230).

alguien como él lo haga bien, y el marcado de los criterios de elegibilidad como contingentes y modificables (mérito) en lugar de inmanentes o esenciales; no en vano, contra todo pronóstico, Sancho sabrá gobernar la ínsula como había predicho en la *Primera parte*. Este replanteo no oculta, en todo caso, otro marcado más profundo y quizás personal, en el que Cervantes, pienso, coincide con varios autores de la picaresca: el de la cerrazón de las posibilidades de medro social de las clases medias, especialmente de origen converso, tras la involución señorial postrentina.

En relación con esta batida del territorio insular, que es a la vez peninsular e imperial, el episodio también acabará por marcar la pregunta de quién pertenece a la ínsula (geografía y comunidad tan especulativa como la nación), y quién no. Dejamos el encuentro de los dos hermanos travestidos de la ronda, que también se prestaría al caso por las ambigüedades y las desestabilizaciones especulativas que presenta en relación al género, la orientación sexual o el patriarcado, para centrarnos en el de Ricote.³⁴ Justo tras abandonar el gobierno, el espacio político de la ínsula se extenderá a una decisión polémica en la época, por no seguir la razón de estado del reino: la expulsión de los moriscos de 1609. Mientras no disintamos del todo con Sanmartín, cuando presenta a un Cervantes integrador, “partidario del ecumenismo o, al menos, del diálogo entre confesiones, de la solidaridad entre creyentes” (17), vemos más el episodio como otra muestra del arte de señalar blancos de forma sesgada al que nos venimos refiriendo. Como se deduce del sutil análisis que hace Márquez Villanueva del diálogo entre Sancho y Ricote, el encuentro acaba por indicar la pertenencia del último a la ínsula o comunidad política, pues al final: “nadie puede considerarlo más que como un español injustamente amputado de su patria” (305).³⁵ En consecuencia, Sancho tomará la decisión de no delatarlo pese a los problemas que esto podría traerle, mostrando con esta capacidad de seguir su conciencia y vencer el miedo (Fanego 78), su crecimiento como personaje. La alusión a la posibilidad de vivir en Alemania “con libertad de conciencia,” independientemente de su relativismo o de que no tenga el significado que le damos hoy, no impide la transmisión de lo positivo de vivir en libertad, en cuyo elogio acaba de coincidir Sancho al renunciar al gobierno. Eso sin olvidar, el marcado contraste irónico de Ricote con sus acompañantes, peregrinos falsos y bien pertrechados que son bien recibidos en España, de la que se aprovechan en sus viajes consumiendo y sacando el oro de sus limosnas; frente a los moriscos, sector productivo al que se expulsa y al que no se deja siquiera llevarse consigo el dinero fruto de su trabajo (Cervantes 964).

Las estrategias cartográficas recién expuestas se complementan en el episodio con un ofrecimiento heterogéneo de medios que, aun susceptibles de extensión imperial o incluso de una reflexión general sobre el poder, aparecen engastados en las exigencias de la realidad presente y las inquietudes de la compleja sociedad a la que se dirige el libro.³⁶ Estos medios se

³⁴ Para un estudio de lo que aquí solo tenemos espacio para aludir, puede verse el estudio de Fuchs, “Border Crossings: Transvestism and ‘Passing’ in Don Quijote” <https://www.hnet.org/~cervantes/csa/articf96/fuchs.htm>. Curiosamente, el episodio similar de Ricote y don Gregorio al final de la *Segunda parte*, acaba por confluir con el de Ricote, lo que apoya la pertenencia de ambos al mismo debate sobre la pertenencia a la “ínsula” que sugerimos.

³⁵ Márquez Villanueva ve, además, el elogio de Ricote al Decreto como “hueros e insignificantes para interpretarlos como signos de adhesión a una determinada política” (242). Y Fanego contrasta el tono emotivo con que se presentan la posibilidad especulativa de respeto a la fe ajena, la emotividad con que el morisco siente España como propia (vasallo leal) o la injusticia de tratar a todos por igual fueran sinceros o no, con “las vagas y abstractas generalizaciones, un tanto retóricas, con que defiende el decreto de expulsión” (75).

³⁶ Tomamos de Cascardi la expresión “medios,” como las formas en que se canaliza el discurso político cervantino “through which collective, civic ends can be developed and pursued in light of whatever these orienting beliefs may be” (3). Este mismo crítico resalta a su vez, lo complicado del contexto español del periodo, con una nación-estado con un imperio incorporado que no respondía a nada imaginado antes por la teoría política: “...a mix of racial,

caracterizarían por reconciliar en una relación distinta, ficcional e irónica, variables típicas del pensamiento político, como teoría-práctica, contemplación-acción o palabras-hechos (Cascardi 7). En este sentido, su objetivo sería más indicar prácticas cotidianas, individuales y resultado del esfuerzo en una república bien ordenada, que construir un estado perfecto, aunque la idea utópica esté presente como influencia positiva o modelo puntual de su buen regimiento.³⁷ En todo caso, lo relevante aquí para nosotros es que Sancho sea el ejecutor de estos medios o acción política experiencial y experimental de la ínsula. Este posibilismo especulativo, que imbrica pensamiento aristotélico, moral cristiana, sentido común y sabiduría popular, haría de alternativa al modelo maquiavélico de responder y adaptarse a las cambiantes circunstancias.

Este modo de actuación, difícil de asignar solo como “aristotélico” por ilustrar una percepción informal y heterogénea de lo político, transmite la ética a la política³⁸, en una confluencia entre palabras y cosas cuyo objetivo sería consolidarse en forma de hábitos de adquiridos: “Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria...La sangre se hereda, y *la virtud se aquista*, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale” (Cervantes 868, énfasis mío). Sancho tendrá presentes los consejos de don Quijote, pero en tanto y en cuanto sean adaptables al caso, exactamente como los refranes y como el escudero hace, en uno de sus juicios, al elegir el punto medio entre la blandura y el rigor. Asimismo, esta práctica y voluntad equilibrada, virtuosa y justa deberá estar orientada siempre al bien común, lo que se manifiesta en las decisiones de Sancho (p.e., los bienes confiscados los destina al pueblo), en claro contraste con lo que el lector medio veía en su presente: “Sancho lleva a cabo un gobierno que Cervantes presenta como modélico y que asienta su base en la idea de bien común, esencia del buen gobierno...” (Rivero Iglesias 120).³⁹ Al socorro del gobernador, vendrán también el sentido común y la sabiduría popular estudiadas por Maravall –aunque somos cautos en su uso del adjetivo “natural”– (216-21), capaces de ofrecer el cariz pragmático y contingente necesario en las decisiones del gobierno. A veces, estos elementos servirán incluso para marcar con ironía la imposibilidad de resolver con completa satisfacción los problemas, como en la aporía del hombre, el puente y la horca (Cervantes 939).

Dada la complejidad mencionada, los medios que describimos no se presentan en un programa específico, ni como soluciones únicas y estáticas para todo problema similar de la misma manera, sino más bien como prácticas dinámicas que admiten múltiples perspectivas y

religious, cultural, and linguistic groups whose history of convergence and conflicts and intermittent periods of tolerance posed enormous challenges for thinking about the polis as an all-encompassing whole” (12).

³⁷ Al fin y al cabo, no estamos en un espacio como el de Moro, “a space of representation where lived contradictions are evoked and annulled” (Zumthor 821), y tampoco vemos esa evocación de la primera comunidad cristiana que – aun siendo paganos– evoca el inglés. En todo caso, la tradición de asociar la insularidad con lo político, como hemos visto, era mucho anterior a este: “la insularidad se convirtió así en el símbolo de la libertad dentro del pensamiento político griego, tal como nos ilustra Heródoto con el caso de Samos” (Gómez Espelosín 107).

³⁸ “A ojos de Cervantes, no existe separación radical entre el ejercicio de moralidad pública y el comportamiento privado; de faltar el sentido ético en nuestra vida particular, resultaría imposible ser un correcto servidor público” (Sanmartín 15).

³⁹ Aunque asentimos con la mayoría de los postulados de Rivero Iglesias sobre la incidencia del bien común en el gobierno, disintimos en la presentación de Sancho como un gobernador cuyo objetivo parece ser últimamente comer y beber. En verdad, lo que se desprende del episodio, de forma irónica y recurriendo a la técnica del extremo, es una posibilidad de oposición no conflictiva entre el bien individual y el común. Una vez mirado primero el bien común, ¿es necesario pasar hambre, no tener nada de ocio y tener que renunciar a todas las necesidades individuales? Esto es lo que se había planteado Erasmo en otro contexto con los ayunos, y la reflexión, creo, a la que invita Cervantes, más en lo referente a la dignidad del cargo (*negotium cum dignitate* y *honestum otium*), que a llenarse la panza o el bolsillo, cuando Sancho señala que si un oficio no da de comer no vale dos habas (Cervantes 902).

que se manifiestan en lo legislativo, judicial y administrativo. Quizás las principales se vean en el ejercicio de la justicia, sencilla, rápida y equitativa frente a la formal de jueces, escribanos y corchetes que el propio Cervantes tuvo que sufrir en su presente y es un *leiv-motiv* en su obra. Virtud, moral cristiana, sabiduría popular y sentido común permitirán a Sancho distinguir entre apariencia y realidad, como en los casos de los dos ancianos y los diez escudos o del labrador y la mujer, o ser indulgente cuando toque serlo para suavizar el rigor de la ley (ver Chul 185). En cuanto a la gestión y lo administrativo, Sancho tendrá claro algo que los gobernantes suelen olvidar: que la justicia, para serlo, debe venir además con provisión de bienes y abundancia de mantenimientos de los gobernados. Por ello, cuando el tiempo lo pida, defenderá suprimir las limitaciones al movimiento de mercancías en la ínsula o dejará al mercado fijar los precios (vino), pero ordenará la intervención cuando sea necesario moderarlos (calzado). Por el efecto desmoralizador en los que trabajan, será muy importante evitar el fraude (aguar el vino), de ahí que inspeccione el mercado personalmente: "...ayer hallé una tendera que vendía avellanas nuevas, y averigüele que había mezclado con una fanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas; apliquelas todas para los niños de la Doctrina, que las sabrían bien distinguir, y sentenciela que por quince días no entrase en la plaza" (Cervantes 944). En esta línea provisora y antiengaño, sin olvidar la influencia erasmista –*De subventione pauperum* (1532) de Vives–, leemos el afán de Sancho por eliminar lo improductivo de la ínsula. Esto incluiría la persecución de los garitos, la ordenanza de que ningún ciego cante coplas si no lo es o la creación de un alguacil de pobres, no tanto para hostigarlos como para asegurarse de que lo son (946), lo que nos lleva de nuevo a los peregrinos estafadores de Ricote o a los improductivos Duques.

Al final, muchas de estas medidas se habrán materializado en el legado legislativo de sus constituciones u ordenanzas, pocas para que se cumplan, y que los insulanos seguirán usando después de que Sancho deje el poder (Cervantes 946). El posibilismo especulativo de este no ofrecerá milagros sino, como señala Sanmartín, soluciones que dependen de la buena voluntad, la capacidad de trabajo y el deseo de favorecer a la mayoría (14), además de contener ese toque de escepticismo y desconfianza hacia al poder que impide el apego al mismo, contradiciendo también a Maquiavelo. Y no solo a este, pues su gobierno acabará siendo una alternativa de presente a la del pasado que representa don Quijote, capaz de recorrer el territorio, señalar blancos con su lanza e incluso de ofrecer buen consejo, pero sin un proyecto ágil para el ahora que salga de lo individual de su gloria personal y se materialice en el bien común⁴⁰; así como a la también insatisfactoria para futuro de los arbitristas, planificadores y burócratas (Cascardi 8).

En conclusión, pensamos que el episodio de la Ínsula Barataria, además del gobierno o de la forma de ejercer el poder, es una metáfora de la propia novela e incluso, en buena medida, de la poética cervantina que incluye formas novedosas de crear personajes (Sancho) y de articular el discurso político. Si nos apoyamos en la tradición microcósmica que hacía de las ínsulas teatros capaces de englobar un mundo entero en dimensiones abarcables (Sánchez-Ostiz 383), el episodio de Barataria se convertiría en paradigmático de un arte y una novela que, en relación al modo constitutivo de representar (espacios, personajes, historias) y de presentar su crítica, podemos denominar "especulativos." En ambos sentidos, representacional y crítico, la ínsula ilustraría además la respuesta cervantina al *Guzmán de Alfarache* de Alemán. Por un lado, epitomizaría esa realidad compleja, multiforme y variada que irrumpe en el *Quijote*, superadora de la reducida al punto de vista de un protagonista narrador y del multiperspectivismo forzado del diálogo renacentista. Por otro, frente a la pretensión del *Guzmán* de ser "atalaya de la vida

⁴⁰ Las leyes de la caballería andante no son necesariamente las del bien común, como se ve en la liberación de los galeotes o la ayuda al criado de Juan Haldudo (Rivero Iglesias 133).

humana,” añadiría a su surcar el territorio y señalar los objetivos, medios canalizados en una política especulativa (no espectacular) que, hoy más que nunca, necesitamos frente al discurso de la nostalgia (hacer de nuevo grande un territorio...) y del arbitrismo populista que ofrece soluciones simples y descabelladas a nuestros problemas complejos.

Obras citadas

- Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache*. Ed. José María Micó. Madrid: Cátedra, 2006.
- Álvarez Moreno, Raúl. *Celestina según su lenguaje*. Madrid: Pliegos, 2015.
- Akbari, Suzanne C. *Idols in the East: European representations of Islam and the Orient, 1100-1450*. Ithaca : Cornell U. P., 2009.
- Arellano, Ignacio. "Introducción." *Loca Ficta: Los espacios de la maravilla en la edad media y siglo de oro*. Ed. Ignacio Arellano et al. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2003. 3-12.
- Avalle-Arce. Juan Bautista. "La ínsula Barataria: la forma de su relato." *Anales de Literatura Española* 6 (1988): 33-44.
- Barbagallo, Antonio. "Sancho no es, se hace." *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 15.1 (1995): 46-59.
- Bennett, Josephine W. *The Rediscovery of Sir John Mandeville*. New York: Modern Language Association of America, 1954.
- Campbell, Mary B. *Witness and the Other World*. Ithaca: Cornell U. P., 1991.
- Carrizo, Sofía. *Poética del libro de viajes*. Kassel: Edition Reichenberger, 1997.
- Cascardi, Anthony. J. *Cervantes, Literature, and the Discourse of Politics*. Toronto: University of Toronto P., 2012.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Ed. Francisco Rico. Madrid: Real Academia Española, 2004.
- Conde, Francisco Javier. *La utopía de la ínsula barataria*. Madrid: Escorial, 1941.
- Corteguera, Luis R. "Sancho Panza quiere una ínsula: Cervantes y la política de los labradores gobernantes." *Pedralbes* 25 (2005): 133-144.
- Close, Anthony. "Sancho Panza: Wise Fool." *Modern Language Review* 68 (1973): 344-57.
- Chul, Park "La república utópica en el "Quijote." *Revista de educación* 1 (2004): 177-187.
- De Armas Wilson, Diana. *Cervantes, the Novel, and the New World*. Oxford: Oxford U.P., 2003.
- Fanego, Otilia López. "Algo más sobre Sancho y Ricote." *Anales cervantinos* 21 (1983): 73-82.
- Freedman, Paul. *Out of the East: Spices and the Medieval Imagination*. New Haven: Yale U.P. 2008.
- Fernández-Armesto, Felipe. *Before Columbus: Exploration and Colonisation from the Mediterranean to the Atlantic, 1229-1492*. Basingstoke: Macmillan Education, 1987.
- Foucault, Michel. *Madness and Civilization. A History of Insanity in the Age of Reason*. New York: Vintage, 1988.
- . *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1968.
- Fuchs, Barbara. "Border Crossings: Transvestism and 'Passing' in Don Quijote." *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*. 16.2 (1996): 4-28.
- Girard, René. *Deceit, Desire, and the Novel: Self and Other in Literary Structure*. Baltimore: Johns Hopkins P., 1965.
- González Echevarría, Roberto. "Don Quixote: Crossed Eyes and Vision." *Cervantes' Don Quixote: A Casebook*. Ed. Roberto González Echevarría. Oxford: Oxford U. P., 2005. 217-40.
- Gómez Espelosín, F. J. et al. *Tierras fabulosas de la Antigüedad*. Madrid: Universidad de Alcalá, 1994.

- Hughes, John B. "El diálogo cervantino." *En un lugar de La Mancha: Estudios cervantinos en honor de Manuel Durán*. Ed. Georgina Dopico Black and Roberto González Echevarría. Salamanca: Almar, 1999. 141-47.
- Jones, Joseph R. "The Baratarian Archipelago: Cheap Isle, Pourboire Isle, Chicanery Isle, Joker's Isle." *Ingeniosa Invención: Essays on Golden Age Spanish Literature for Geoffrey L. Stagg in Honor of his Eighty-fifth birthday*. Ed. Ellen M. Anderson et al. Newark, Del.: Juan de la Cuesta, 1999. 137-47.
- Johnson, Carroll B. "La construcción del personaje en Cervantes." *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 15.1 (1995): 8-32.
- Layna Ranz, Francisco. "Cueva de Don Quijote y sima de Sancho: las entrañas de una purgación ejemplar en el diseño compositivo del Quijote de 1615." *El Quijote desde América (Segunda parte)*. Ed. Ignacio Arellano et al. New York: IDEA, 2016. 219-234.
- Libro del conocimiento de todos los reinos*. Ed. Nancy Marino. Tempe : Arizona Center for Medieval and Renaissance Studies, 1999.
- López Estrada, Francisco. *Libros de viajeros hispánicos medievales*. Madrid: Laberinto, 2003.
- Lukács, Georg. *Teoría de la novela*. Buenos Aires: Siglo XX, 1966.
- Mandavila, Juan de. *Libro de las maravillas del mundo*. Ed. Gonzalo Santonja. Madrid: Visor, 1984.
- Maradiaga, Salvador de. *Guía del lector del Quijote*. Madrid: Espasa Calpe, 1926.
- Maravall, José Antonio. *Utopía y contrautopía en el Quijote*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1976.
- Márquez Villanueva, Francisco. *Personajes y temas del Quijote*. Madrid: Taurus, 1975.
- Martínez Crespo, A. "Los libros de viajes del siglo XV y las primeras crónicas de Indias." *Actas del Congreso sobre Literatura Hispánica en la época de los Reyes Católicos y el Descubrimiento*. Ed. Manuel Criado de Val et al. Barcelona: PPU, 1988. 423-30.
- Martínez Fernández, M. "Las islas poéticas en la literatura greco-latina antigua y medieval." *Homenaje a Luis Gil*. Ed. R. M. Aguilar et alii. Madrid. Universidad Complutense, 1994. 431-450.
- Mártir de Anglería, Pedro. *Fuentes históricas sobre Colón y América* 4. Ed. Joaquín Torres Asensio. Madrid: Imprenta de San Francisco de Sales, 1892.
- Mérida, Fray Diego. *Viaje al Oriente*. Ed. A. Rodríguez-Moñino. Barcelona: Balmesiana, 1946.
- Molho Mauricio. *Cervantes: raíces folclóricas*. Madrid: Gredos, 1976.
- Nemser, Daniel. "Governor Sancho and the Politics of Insularity." *Hispanic Review* 78.1 (2010): 1-23.
- Nieto, José C. *Consideraciones Del Quijote: Critica. Estetica. Sociedad*. Newark, Del.: Juan de la Cuesta, 2002.
- Percas de Ponseti, Helena. *Cervantes y su concepto del arte*. Madrid: Gredos, 1975.
- Pinet, Simone. "On the Subject of Fiction: Islands and the Emergence of the Novel." *Diacritics* 33.3/4 (2003): 173-87.
- Ramírez Santacruz, Francisco. "Sancho: los 'Panzas,' la boca y el habla." *El Quijote desde América (Segunda parte)*. Ed. Ignacio Arellano et al. New York: IDEA, 2016. 287-298.
- . "El verdadero Sancho Panza soy yo': Cervantes en el espejo." *El "Quijote" de 1615: dobleces, inversiones, paradojas, desbordamientos e imposibles*. Eds. Antonio Cortijo Ocaña, Gustavo Illades y Francisco Ramírez Santacruz. Santa Barbara: Publications of eHumanista, 2016. 87-97.

- Rey por un día de Balaam y Josafat. Cuentos de la Edad Media.* Ed. María Jesús Lacarra. Madrid: Castalia, c2012.
- Redondo, Agustín. "Tradición carnavalesca y creación literaria del personaje de Sancho Panza al episodio de la ínsula Barataria en el 'Quijote'." *Bulletin hispanique* 80.1-2 (1978): 39-70.
- Rivero Iglesias, María del Carmen. "El bien común en el *Quijote* y el gobierno de Sancho en la ínsula Barataria." *Autoridad y poder en el Siglo de Oro.* Ed. Ignacio Arellano et al. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2009. 117-136.
- Rodríguez, María Mercedes. "Invenciones preutópicas medievales: Juan de Mandevilla y la isla de Bragmep." *Hispanic Journal* 20 (1999): 341-349.
- Rodríguez Agrados, Francisco. "De la 'Vida de Esopo' al 'Lazarillo' y Cervantes." *Charisterion, Francisco Martín García oblatum.* Ed. Santiago Talavera Cuesta et al. Ciudad Real: Universidad de Castilla-La Mancha, 2004. 1-34.
- Rodríguez de Montalvo, Garcí. *Las sergas de Esplandián.* Ed. Carlos Sáinz de la Maza. Madrid: Editorial Castalia, 2003.
- Salés, Emilio José. "California, las amazonas y la tradición troyana." *Revista de literatura medieval* 10 (1998): 147-168.
- Sánchez-Ostiz, Álvaro. *Loca Ficta: Los espacios de la maravilla en la edad media y siglo de oro.* Ed. Ignacio Arellano et al. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2003. 379-94.
- Sanmartín, José. "La ínsula Barataria. Filosofía política en el Quijote." *Barataria: revista castellano-manchega de ciencias sociales* 7 (2005-2006): 13-26.
- Sletsjöe, Leif. *Sancho Panza, hombre de bien.* Madrid: Ínsula, 1961.
- The New Cambridge Medieval History Volume 7 c.1415–c.1500.* Ed. Christopher Allmand. Cambridge: Cambridge U. P., 1995.
- Urbina, Eduardo. "Sancho Panza a nueva luz: ¿tipo folklórico o personaje literario?" *Anales cervantinos* 20 (1982): 93-101.
- Vélez-Sáinz, Julio. "El Recueil Fossard, la compañía de los Gelosi y la génesis de Don Quijote." *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 20.2 (2000): 31-52.
- Williamson, Edwin. "La autoridad de don Quijote y el poder de Sancho: el conflicto político en el fondo del *Quijote*." *Autoridad y poder en el Siglo de Oro.* Ed. Ignacio Arellano et al. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2009. 241-266.
- Willis, Raymond S. "Sancho Panza, Prototype for the Modern Novel." *Hispanic Review* 37.2 (1969): 207-27
- Zumthor, Paul. "The Medieval Travel Narrative." *New Literary History* 25.4 (1994): 809-824.